

—Y ahora—dijo,—dejadme morir en paz. Con un signo llamó al conde de Souvray.

Él se arrodilló á sus pies, estrechó sus frías manos, y las cubrió de besos.

Con un resto de fuerza le Elena atrajo más cerca de sí, puso los labios sobre su frente, y dijo con mirada de ángel.

—Adiós, Roberto, yo te amaba.

Después cayó en un sopor profundo.

Quejidos cada vez más débiles salían de su boca. Un instante luchó su espíritu en una convulsión suprema.

A la hora y media expiró sin sufrimiento aparente.

Roberto la cerró los ojos.

Parecía dormida.

En los salones se había olvidado el paso del doctor.

La orquesta tocaba la seductora polka de las máscaras y la fiesta continuaba.

Después de haber besado por última vez la helada frente de la muerta, el conde de Souvray desapareció.

## IX

Al salir del hotel Cavalli, Souvray iba agitado por una de esas desesperaciones que conducen á los actos más trágicos de la vida.

Acababa de separarse dejándola helada, inanimada, inclinada sobre el terciopelo del diván, bajo las hojas de las palmeras y las espesuras de las lianas, amortajada con el traje de baile, al ángel de bondad y de gra-

cia que se llamaba Elena de Rocheville. Parecía dormida como una criolla entre los bananeros; pero sus ojos, de dulce mirar, ya no volverían á abrirse.

Dos miserables la habían asesinado.

Todo había concluido.

El conde no tenía la prueba material del crimen, pero no se podía dudar de su realidad.

Estaba seguro.

Todo lo afirmaba. Su instinto se lo había advertido desde el primer quejido de Elena.

Reconstituyó la trama del crimen con tanta precisión como si hubiera oído las conversaciones de los culpables.

El marqués de Taunay había sido el instigador del crimen.

La princesa Wanda lo había ejecutado.

Aquella fiesta no se había dado con más objeto que atraer á la víctima para que cayera en el lazo.

La extranjera no había retrocedido ante aquel execrable acto para poner su mano entre las de su amante, para llevar el nombre de los Taunay-Coulanges, que era como una parte de su patrimonio, para él vástago de una raza en otro tiempo valiente y leal, y deshonrada ya por aquel malvado, autor ó cómplice de un cobarde asesinato.

Y, sin embargo, no era á Wanda á quien más odiaba.

¿Qué era aquella princesa, bajo las apariencias más seductoras, mas que una salvaje sin freno ni ley, que no se asusta por nada,

ni le preocupa la opinión, ni los magistrados, ni la justicia de los hombres, ni quizá la de Dios? Una fiera nacida en el fondo de los bosques y sobre la nieve, habituada á considerar la vida de los demás como una materia vil, arriesgando, si preciso fuera la suya, para satisfacer sus negras pasiones; un ser de otra raza, de otra sangre y de otras costumbres que nosotros.

Y por ende, una mujer, es decir, un conjunto de nervios irritable, un cerebro exaltado y un corazón enfermo.

No; no era á ella á quien odiaba; no era á ella á quien quería castigar.

Por lo demás ella no había sido seguramente más que instrumento del otro, de aquel hombre que la engañaba y á quien ella tenía la debilidad de amar. El amor, esta razón suprema abogaba en favor suyo.

A él era á quien execraba; á aquel cobarde que le había usurpado la posesión de un ser que adoraba al cual rendía ahora el culto respetuoso debido á una mártir, solo para hollar y martirizar su corazón y para hacerla perecer, por último, violentamente, en el instante en que trataba de aferrarse á la vida porque el amor la inundaba con sus rayos.

¡Cómo la iba á vengar!

Pero ¿de qué modo? ¿Qué medios habría de emplear? Lo ignoraba; pero su vida iba á consagrarse únicamente á esta obra. No habría torturas bastante crueles para castigar á aquel pariente infame, á aquel envenenador

que arrastraba por un fango sangriento el blasón de su familia.

Pero antes de poner manos á la obra, necesitaba, este hombre recto y probo, tener absoluta certidumbre de la culpabilidad de Oliverio.

Si él se erigía juez de aquel delito que la sociedad no perseguiría y por el cual la propia víctima, en un sublime impulso de generosidad, había dado al criminal la absolución, quería, ya que no perdonaba, tener al menos una prueba de culpabilidad que tranquilizase todos los escrúpulos de su conciencia.

Esta prueba era la que iba á buscar.

En los Campos Elíseos tomó un coche, entregó al cochero un luis y le dió estas señas: —Calle de Provenza, número 47.

Con tal propina, no hay que decir el trote que tomó el caballo del automedonte; echaba chispas por los cuatro pies. ¡Tal era la violencia del choque de las herraduras!

Roberto dirigió una mirada hacia el hotel Cavalli. La luz que partía de sus balcones iluminaba la avenida Montaigne de un extremo á otro. Largas filas de carruajes alineaban por uno y otro lado las vivas luces de sus faroles.

El corazón del desdichado sufría horriblemente al alejarse de aquel cadáver que hubiera querido no abandonar jamás, y con el cual no hubiera vacilado en encerrarse en la tumba. El temor á una muerte tan horrible no le hubiera contenido.

Es imposible pintar la intensidad dolorosa

de los sentimientos que luchaban en su espíritu: la agudeza de su dolor, la violencia de su indignación, y sobre todo una desesperación inmensa.

Y sin cesar se acordaba del aviso de Román Tremor, aquel otro desesperado cuando le decía:

—¡Tened mucho cuidado!

No le había engañado su instinto.

De pronto el coche se detuvo, antes de que el conde hubiera tenido tiempo de coordinar sus ideas.

Bajó, llamó, y después de haber dado al portero el nombre de la señorita de Fargeas, subió por la escalera alumbrándose con cerillas.

Le costó algún trabajo dar con la puerta.

Solange dormía.

El sueño es uno de los beneficios de la juventud.

Al oír sonar violentamente la campanilla, se despertó sobresaltada.

¿Quién se atrevía á llegar á aquella hora á su cuarto?

Nunca recibía á nadie.

Saltó á regañadientes del lecho; se puso apresuradamente una bata y corrió á la puerta.

—Abrid—dijo la para ella tan conocida voz de M. Souvray.

Solange obedeció en el acto.

El conde era uno de esos amigos de los cuales nada temía la joven.

—Dispensadme—dijo—que so venga á mo-

lestar en medio de vuestro sueño, á hora tan desusada; pero ya comprenderéis que para que venga á molestaros de esta suerte, es preciso que ocurra algo muy grave.

—¿Qué pasa?—preguntó Solange, encendiendo una bujía.

Souvray no contestó inmediatamente.

Ella le miró y quedó aterrada al ver la alteración de sus facciones.

—¡Dios mío! ¿qué sucede?—exclamó.

—Cosas horribles.

—Pero ¿qué?

—La señora de Taunay ha muerto.

—¡Muerto!

—Acaba de espirar en el baile de la princesa Cavalli. Hace dos horas estaba llena de vida.

—¡La han asesinado!

Este grito de Solange respondía á la convicción del conde; pero, como Elena, tenía que defender el honor de su familia, el honor de su casa.

—No sé nada—dijo.—Ha muerto; he aquí todo. Vengo á pedir os un favor.

—¿A mí?

—A vos, Solange. ¿Quereis hacerlo?

—Si puedo, desde luego.

—Este favor puede seros útil. ¿Vais á casaros con el marqués de Taunay?

Solange quiso hablar y el conde la detuvo.

—Lo sé—afirmó.—Román Tremor, que estaba en Cormeilles me lo ha contado todo.

—Tengo un hijo y le defiendo.

—No os censuro, Solange; el marqués os

am con lecura; se casará con vos ahora que la recobrado su libertad. No quiero perjudicaros; os doy mi palabra de honor. Se os ha ultrajado, y por lo tanto se os debe una reparación. Hasta si es preciso os ayudaré á obtenerla. Pero teneis una rival terrible—añadió con amarga ironía.

—¿La princesa Cavalli?

—Sí, la princesa Cavalli. Si se queda en París no respondo de vuestra vida; pero quiero desembarazaros de la princesa.

—¿Cómo?

—¿Veis al marqués muy de tarde en tarde?

—Sí, muy rara vez Aquí nunca.

—Y sin embargo siente por vos una pasión violenta.

—Es verdad.

—Entonces no viéndoos deberá escribiros. Solange se mordió los labios, y no contestó.

Tenía miedo.

¿Qué se quería hacer con sus cartas?

El conde se aproximó á ella y la tomó la mano.

—Escuchad—la dijo con vehemencia—comprendo vuestra desconfianza; estais sola, sin apoyo. Desde que conozco el raro valor de que habeis dado pruebas, os admiro. Teneis una obra de reparación que realizar, quizá de castigo. Yo tambien tengo una. Ayudadme hoy y yo os ayudaré despues. Os he dado mi palabra y os prometo no contrariar vuestros designios. Tened fé en mi amistad. No me preguntéis lo que quiero hacer, pero tened

por seguro que lo que haga os aprovechará; es lo juro. Estoy seguro de que el marqués os escribe.

—En efecto.

—¿Con frecuencia?

—Casi todos los días.

—¿Qué os dice?

—Que me ama, que está loco y que legítimará á su hijo.

—¿Nada más?

—Me habla sin cesar de matrimonio para el tiempo, próximo, en que será libre.

—¿Conservais sus cartas?

—Todas.

—¿Dónde están?

—Allí.

—Las necesito por una hora. ¿Quereis confiármelas?

—Señor de Souvray—dijo Solange con dignidad,—he sido en efecto indignamente ultrajada por M. de Taunay, vuestro pariente. Para su hijo es para quien quiero un porvenir. Para mí, reposo y dicha se perdieron para siempre. Quizá dándoos esas cartas destruyo mis esperanzas porque, seguramente, no las pedís por mera curiosidad. Os habeis mostrado bueno para mí y voy á complaceros. ¡Si abusais de mi credulidad, que la desgracia de mi hijo caiga sobre vos!

Y abriendo el cajón de una mesa sacó de él un paquete de papeles y se los entregó.

Un relámpago de alegría brilló en el rostro del conde.

—Hélas aquí todas—añalió Solange.—

Usad de ellas como os plazca; leedlas y os probarán que yo soy extraña en absoluto á toda intriga. Sigo mi camino sin ocuparme de los demás. He á dicho al señor de Taunay que no seré suya sino con una condición, la de ser su esposa. Yo era libre. Pero no respondo de los actos de Oliverio ni de la princesa Cavalli. No soy más que un grano de arena que trata de no ser aplastado. ¿Es eso acaso un crimen?

El conde se había apoderado de las cartas; las había metido en su bolsillo; se inclinó sobre los cabellos de Solange y los besó respetuosamente.

Después se marchó; bajó á escape la escalera volvió á meterse en el coche y dijo al auriga:

—Hotel Cavalli; pero á escape tendido.

Cuando llegó á la Avenida Montaigne, las filas de coches eran menos largas y estaban fraccionadas en distintos puntos.

La fiesta estaba terminando.

El rumor de la muerte de la marquesa había corrido y los salones se desocupaban rápidamente.

Las últimas vibraciones de la orquesta resonaban todavía cuando Souvray atravesó el vestíbulo.

Corrió á la *serre*.

El cuerpo de la muerta se transportaba á su coche, en medio de un fúnebre acompañamiento, que bajaba por una escalera escusada, mientras los invitados salían por la principal.

Souvray acompañó á través del jardín á

aquella desgraciada jóven, pasando bajo las descarnadas ramas de los árboles, hasta que sacaron el cadáver por una puertecilla situada en la calle de Francisco I, donde aguardaba el coche de la marquesa.

Roberto escuchó el ruido del coche, que se alejaba, llevando su fúnebre carga, y volvió á la *serre* por el mismo camino. Allí contempló, con los ojos llenos de lágrimas, el sitio en que Elena había espirado, y, por último, cuando creyó, por el silencio que invadía los salones, que estos estaban ya vacíos, los atravesó de un extremo á otro buscando con la vista á la princesa.

Por último, la halló sola en un saloncito cuyas arañas aun estaban encendidas.

Parecía sumergida en profundo estupor.

Estaba sentada cerca de un velador de laca negro, sostenido por un tripode de garras de león; tenía la frente apoyada en las manos.

Al ruido de los pasos levantó la cabeza.

Al reconocer al conde, sus ojos tomaron expresión cruel.

Evidentemente era un enemigo que se acercaba. Quiso evitar el ataque, y por eso tomó la ofensiva.

—¿Sois vos, señor de Souvray?—preguntó con tono agresivo.

—Sí, princesa.

—¿Qué quereis?

—Hablaros.

—¡A estas horas!

—Se trata de cosas que os interesan.

—No sé de qué.

—Puedo aseguraros que os alegrareis de haberme oído.

—Lo creéis así?

—Sólo que, lo que tengo que deciros, reclama imperiosamente el secreto...

—Despertais mi curiosidad.

—Es interés vuestro, princesa.

—¡Oh, mis intereses ya me encargo yo de defenderlos!

—Me atrevo á suponer que mi ayuda no os ha de ser inútil.

—Sea, puesto que lo queréis. Seguidme.

Los criados apagaban las luces del salón.

La polaca atravesó, precediendo á Souvray, una vasta galería, y al llegar al gabinete azul, abrió la puerta.

La bohemia la aguardaba acostada sobre una gran piel de oso.

Al ver al acompañante de su ama, pareció sorprendida; pero la princesa le dijo con dulzura:

—Véte, Miska, déjanos.

La bohemia desapareció tras de un tapiz.

—Y ahora—dijo la princesa recostándose indolentemente en el diván, despues de haber indicado un asiento al conde,—hablad; ya os escucho.

El silencio reinaba en el hotel en donde algunos momentos ántes estaba en su apogeo la alegría y el bullicio de la gente que se divierte.

La calle, casi desierta tambien, había enmudecido.

Un candelabro de plata sobredorada, de

cinco bugías, iluminaba el gabinete donde se iba á librar una lucha semejante á la del juez contra el reo.

La princesa, con los hombros al descubierto, blancos como la azucena, y cuyas líneas hermosas se perdian entre el terciopelo azul de su corpiño, con los brazos desnudos, su cuello de cisne medio vuelto, con la actitud de la desconfianza, hácia aquella visita peligrosa, estaba realmente encantadora.

Souvray, por su parte, la estudiaba, tratando de penetrar las intenciones, los sentimientos de aquella esfinge, á la cual quería arrancar su secreto.

—Estoy esperando, caballero,—dijo ella para poner término á aquel exámen que la molestaba.

—Por Dios, princesa,—contestó Souvray con acento casi dulce, con gran sorpresa de la polaca,—os ruego que me perdoneis. Lo que tengo que deciros es tan grave, que busco las frases adecuadas para expresarlo, y francamente, me cuesta trabajo encontrarlas.

—Os dispenso de la forma; en mi país se emplean las palabras conforme vienen á la boca. Lo importante es hacerse comprender. No os molesteis, pues, y decidme lo que queráis.

El tono de la polaca era á la vez familiar y altanero, casi despreciativo, no respecto á la persona del conde sino á la amenaza que adivinaba como inminente y que estaba presta á salir de sus labios.

Era preciso creer que se encontraba completamente segura del misterio y de la impunidad.

—Os doy las gracias,—dijo Souvray.— Hé aquí lo que me ocurre. Anoche se ha cometido un homicidio en este palacio.

—¿En mi casa?

—Sí, en vuestra casa, princesa.

—¡Un homicidio!—repetía ella representando perfectamente el papel de sorprendida.

—O un asesinato, si así lo quereis; un envenenamiento.

—Comprendo. ¿Os lo ha dicho el doctor Durand?

—Quizá.

Ella sonrió irónicamente.

—El doctor Durand es médico—dijo;— pero los médicos se engañan con frecuencia. Esto es tan exacto, que no encontrareis dos de ellos que sean de la misma opinión, sobre todo si tienen fama de sabios y son miembros del Instituto.

—Dispensadme, princesa. No se trata para mí de demostrar á la justicia que la señora marquesa de Taunay ha sido víctima de un execrable crimen y obtener una sentencia contra los culpables. Hasta creo que sería imposible probar el hecho. Ya veis que soy sincero. Por otra parte, llevando este tenebroso asunto á los tribunales, yo mismo me deshonraría, puesto que M. de Taunay es próximo pariente mio.

—¿Le acusais?

—Espero que de vuestra propia boca saldrá esa acusación; pero no quiero que el marqués sea sentenciado, ni siquiera perseguido. Lo odioso del castigo recaería en mi misma familia.

—Entonces...

—Si el marqués, como casi tengo la certidumbre, es el verdadero culpable, yo sólo me encargaré del castigo.

—¿Provocareis al señor de Taunay?

—No, princesa; no se bate uno con un asesino... con un envenenador.

—Pues ¿qué se hace?

—Se le mata.

—¿De qué modo?

—Lo ignoro; pero ya lo pensaré. Por lo pronto me hace falta una prueba.

—¿De un atentado imaginario?

—No; cierto, indiscutible.

—¿Lo creéis?

—Estoy seguro.

—Sois un hombre extraño.

Hasta aquí, la princesa y el conde habían hablado sin elevar la voz, familiarmente, con un acento irónico en las palabras de la extranjera, y un tono dulce, pero enérgico, en las de Souvray.

El reloj del gabinete, un soberbio reloj de Saint Germain, modelo único, compuesto de un grupo de bronce representando al Amor en los brazos de su madre, dió las cinco de la mañana.

—Señor de Souvray—dijo la polaca levantándose,—esta broma ha durado ya de-

masiado tiempo. Ya es hora de separarnos.

—No se trata de una broma, princesa; y os vais á convencer inmediatamente.

—Pues hacedlo pronto, porque me caigo de sueño.

—Casi, casi, estoy seguro de que vuestra atención no se dormirá. Dejadme explicaros desde luego cómo han pasado las cosas.

—Resignémonos—dijo.

—Vais á casaros con el señor de Taunay, ó mejor dicho, él os lo ha prometido... Reconoced que esto es cierto.

—Es posible; continuad.

—El señor de Taunay ha venido á deciros, con pérfidas precauciones que el médico vaticinaba la salud á la infortunada que os hacía sombra.

—Sois adivino.

—Entonces ha germinado una idea en cierto espíritu; la de oponeros al restablecimiento de la mujer legítima que ocupaba un sitio que vos deseábais. Quizá la habiéráis dejado morir tranquila, pero no podíais soportar que viviera.

—Está bien razonado todo eso.

—El príncipe Cavalli ha muerto repentinamente también y el hecho no es tan antiguo que no se le recuerde. Hay mucha semejanza entre su fin y el de la marquesa.

—¡Oh! una sola: que se ignora la causa de ellos y es probable que no se la conozca jamás.

—No se la conocerá, si persistís en callaros.

—Convenid en que sería sorprendente que me acusara yo misma.

—Vos no os acusareis, pero me direis á mí la verdad en secreto.

—¡Estais loco!

—No: porque castigando al verdadero autor de la muerte de la marquesa de Taunay, os vengaré á vos misma.

—¿Y de quién?

—De un hombre que os engaña indignamente y al cual tenéis la locura de amar, por el cual descendéis, en la ceguedad de vuestra pasión, hasta el crimen; de un hombre que os engaña al prometeros que sereis su esposa, que abusa de vuestra credulidad jurándoos que os adora y ofreciándoos su nombre y el lugar de la que ha muerto, cuando este sitio ha sido ya ofrecido á otra.

—¿Qué decís?

—Que habeis asesinado á Elena de Rocheville para que el señor de Taunay, ya libre, pueda casarse con una mujer de la cual está locamente enamorado, como vos de él. Que esa jóven, á la cual violó en otro tiempo, no quiere entregarse á él sino con la condición de que el marqués de Taunay eleve hasta sí á una hija del pueblo como ella, legitimando al hijo nacido de aquella infame violencia.

—¡Ah!—gritó la princesa levantándose.—Mentís, señor de Souvray. Lo que decís es falso; es imposible.

El conde no perdió la calma.

—Bien pronto lamentareis haber pronun-

ciado tales palabras. No os he dicho nada que no pueda probar en el acto.

—Dadme esa prueba.

—¿Y en cambio me servireis?

—¡Serviros!... ¿de qué modo?

—Dándome la prueba del crimen cometido.

—¡Eso sería perderme!...

—¡Ah, ya confesais!

—¿Es un lazo que me habeis tendido?

—No, princesa. Sois mujer y me avergonzaría emplear subterfugios para cojeros en contradicción. Lamento que os hayais prestado á un acto tan odioso, pero lo que yo quiero herir no es la mano que ha vertido el veneno, sino el brazo que lo ha dirigido. Me caillaré. Porque además, ¿para qué hacer público un secreto infamante para mi familia? El honor me sella los lábios, pero me he impuesto un deber. Heriré al hombre funesto que nos ha causado tanto mal. Sufrirá la penadel Talión. ¿Ha asesinado? pues yo le mataré ó perderé la vida, pero no quiero proceder á ciegas.

Ya que me erijo en juez, debo obrar con seguridad absoluta. Dadme la prueba de su crimen y os entrego la de su traición.

—Sea,—dijo ella.—Acepto.

El conde tomó el paquete de cartas dirigidas á Solange y sacó una al azar.

—¿Reconoceis la letra?—preguntó.

—Sí.

—Leed.

—¿Es de su propia mano?

—Sí.

Con profundo estupor y luego furor creciente leyó la polaca de la cruz á la fecha todas las misivas.

El marqués se expresaba en ellas con frases caldeadas por el fuego de la pasión.

En ellas se arrastraba á los piés de Solange, abrumándola en fuerza de ruegos. Todas las mujeres del mundo las ponía á sus piés y se las sacrificaba. Ella era la única á quien amaba, no siendo las demás amantes que había tenido sino caprichos efimeros, distracciones de las cuales estaba hastiado, y que no le causaban más que una impresión de fatiga, de disgusto y de fastidio.

—¡Las demás, las demás!—gritaba Wanda, con la voz alterada por el dolor, el desengaño y la cólera.

El conde le fué dando las cartas una á una. En las últimas, Oliverio manifestaba su esperanza de ser bien pronto libre.

No existen términos para pintar la exasperación de la polaca. Una leona, á la cual arrancaran sus cachorros, no estaria mas furiosa.

—¡Miserable!—murmuraba fijando en aquellas fatales cartas miradas llenas de fuego, y de rabia. —¡Y ayer aun estaba aquí, en este sitio, á mis piés, deshaciéndose en juramentos, en promesas de amor! ¡Teneis razón; es un cobarde, un miserable! Mentía. Eso es bajo y vil. La mentira es despreciable. Pero juro á Dios que me vengaré.

Abrió un cajoncito y tomó un *carnet*, e